

APRECIACIONES HISTÓRICAS E HISTORIOGRÁFICAS EN TORNO A LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI DE VALENCIA

por

Rafael Narbona Vizcaíno
(UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)

Algunos referentes generales y aislados de los múltiples que pueden ser evocados sirven para comprobar que *lo medieval* sigue estando de moda. La proliferación de mercados medievales a instancias de interesados municipales, el historicismo festivo-estival de los moros y cristianos, las ambientaciones turístico-gastronómicas de los *seudocastillos* de la costa, la estética trasnochada de la estatuaria dedicada a representar y recuperar —rindiendo el adeudado homenaje— al penúltimo héroe valenciano rescatado del olvido (Francesc de Vinatea), los *comics* tan en boga, promovidos por encargos institucionales para glosar y divulgar biografías tan plagadas de epopeyas como la de Jaime I o la de Ausiàs March, el constante redescubrimiento de los grandes personajes que principian o vaticinan los tiempos modernos desde una universalidad historiográficamente obsoleta, e incluso la programación infantil en la televisión, constituyen algunas alusiones ejemplares. El tema conserva una mezcla de inquietante atractivo y legendario carisma necesarios para incentivar la atención popular en un mundo dominado, más que nunca, por las nuevas tecnologías, los medios de comunicación de masas y el reiterativo discurso paneuropeo sobre el prometedor futuro de Occidente.

Este significativo *revival* folclorista, que indicativamente se produce a finales del segundo milenio, ha gozado en toda la época contemporánea de una tradicional y amable receptividad, pero también es cierto que los proyectos culturales de las instituciones autonómicas y locales actuales han alentado una nueva sensibilidad social e incluso una nueva necesidad, si no

demanda, con presuntas raíces políticas. Es evidente que las tradiciones elevadas a categoría común han de tener un prestigioso origen, remoto preferentemente, capaz de legitimar e individualizar a un colectivo, de dotarlo de identidad y de cohesionarlo con la asunción de su antigüedad, y en nuestras tierras esta raigambre —no podía ser de otra manera— ha de ser siempre medieval para ser auténtica y genuina, verdaderamente fiel a nuestros orígenes históricos. Ahora bien, ante la mirada impávida de los historiadores asistimos a una nueva recreación de nuestro pasado y en especial de la Edad Media, fácil y consumible, plagada de banalidades, anacronismos y de intereses, en medio de la ininterrumpida marea de celebraciones conmemorativas que nos envuelven y pareja a la transformación de los cánones clásicos de la fiesta contemporánea.

La última revitalización de la cabalgata y de la procesión del Corpus, consideradas en sus manifestaciones estéticas como actos tradicionales de la fiesta, ha provocado un interés general por la recuperación de la procesión allí donde casi se había perdido la memoria e incluso donde nunca la hubo. En Valencia el mismo Ayuntamiento promoverá su declaración como Bien de Interés Cultural (*Levante-El Mercantil Valenciano*, 25 de mayo de 2000) acogiendo a la reciente Ley de Patrimonio de la Generalitat. Esta inesperada atención a los ritos y ceremonias del pasado y en concreto este despertar de la religiosidad pública que significa el Corpus no es exclusivo de la ciudad de Valencia sino generalizable a no pocas localidades, que se esfuerzan por reanudar en éste y otros casos unas fiestas notablemente desvigorizadas en las últimas décadas por un *desarrollismo* sociológicamente desmesurado. La constitución de asociaciones de amigos del Corpus —muy probablemente surgidas de los consejos de Manuel Sanchis Guarner— no sólo han promovido esa recuperación sino el desarrollo de toda una efervescente y polifacética recreación, puesta a disposición de un cortejo cívico y de una procesión no tanto por motivos piadosos como por los imperativos de una voluntad de reencuentro, de una búsqueda de referentes colectivos en el pasado, capaces de aunar los vínculos de vecindad y de reafirmar la idiosincrasia de las comunidades locales.

Estas renovadas ansias por recuperar el pasado han dado pie en algún lugar a que todos esos esfuerzos concurren en la organización de unas atracciones carnavalescas dignas de las fanfarrias del más fastuoso parque temático, en especial allí donde se esgrimen por encima de la medida con-

vencional los argumentos de espontaneidad y espectacularidad como exclusivo sostén de la fiesta, provocando en no pocos casos una genuina *invención de la tradición*, según las pautas ya señaladas por Eric Hobsbawm en su ya famosa obra. Con esta genérica y breve retrospectiva histórica e historiográfica pretendo llamar la atención sobre el asunto, refiriendo la evolución de los actos de la fiesta y en especial algunos hitos referenciales que han marcado la producción general de la abundante literatura sobre el Corpus entre los siglos XIV y XX, independientemente – claro está – de los tratados de devoción católica, de la literatura propiamente religiosa o de la misma piedad de los fieles, la cual parece guiar en el mejor de los casos el espíritu de fidelidad al pasado en las sucesivas recomposiciones estéticas de la fiesta, siempre en relación con las transformaciones sociales y espirituales de cada momento histórico, y si se quiere puede aportar varios elementos de reflexión.

Es conocido el origen medieval de la fiesta del Corpus Christi y ya he tratado sobre el mismo en otros lugares, sobre su significación, historia y primera evolución en la ciudad y en el reino de Valencia. Existe una extensa bibliografía sobre los aspectos religiosos, dramáticos, poéticos, históricos y espectaculares de este referente del calendario religioso, recopilada ya a finales del siglo XIX por Juan Churat en sus *Apuntes para escribir una bibliografía eucarística valenciana* (Valencia, Federico Domenech, 1894). La literatura posterior, además, se ha hecho eco de la formación, de la evolución de los motivos y de la escenificación de los mismos desde la Edad Media. También está plenamente asumido desde la época medieval, gracias a la labor de distintos cronistas, que Valencia destacó en la solemnización de sus fiestas por el fasto, suntuosidad y novedad de sus manifestaciones artísticas y espectaculares. En las procesiones del siglo XIV participaban personajes bíblicos, desde principios del Cuatrocientos se documenta la existencia de rocas con exhibición de imágenes estáticas acompañadas de representaciones, y desde el siglo XVI se hicieron imprescindibles los *misteris* y o entremeses junto a los gigantes y enanos, sumados a danzas, símbolos o jeroglíficos de inspiración religiosa.

También está lo suficientemente aclarado que los episodios de la Historia Sagrada y de las Sagradas Escrituras incorporados desde fecha temprana a la conmemoración tuvieron una misión catequética y apostólica, es decir trataban de profundizar en la evangelización de los cristianos de las

comunidades urbanas del Occidente medieval y moderno, gracias a la representación de estos mimos, danzas, misterios y rocas, de los que se desprendería una lectura alegórica y metafórica, siempre referencial respecto a dogmas, credos e historia, apócrifa o no, del cristianismo.

La doble protección que gozó esta ceremonia anual y triunfal en las iglesias catedrales, de sus obispos y capítulos catedralicios, y también de los gobiernos municipales, pronto promovió la creación de una síntesis espiritual y política, pormenorizando cada vez más una manifestación que superaba el mero sentimiento de la religiosidad para transformarse —en buena parte gracias a estos expresivos aderezos parateatrales, miméticos o simbólicos— en una alusión directa a los proyectos ideológicos de la sociedad del Antiguo Régimen, tal y como también he referido en otra parte. La representación del pensamiento cívico, la conjugada escenificación del universo celestial y terrenal, de la sociedad divina y humana, de las efemérides del pasado y del “orden social” del presente histórico —materializada con la conjunción y mezcolanza en pie de igualdad de personajes bíblicos con los máximos representantes de las instituciones de gobierno y las cabezas visibles de la comunidad de creyentes— constituyeron un elemento trascendental de legitimación y propaganda. Al fin y al cabo en la procesión y en la fiesta del Corpus se incluían los oficios corporativos; las parroquias; las órdenes religiosas; las cofradías y asociaciones de piedad u otras con fines más diversos, como la Real Maestranza de Caballería, que reunía a su alrededor a la nobleza significada de la ciudad y del reino; más los ediles y los oficiales del monarca; las dignidades eclesiásticas locales e invitadas; etc; según una prelación asumida y siempre con el concurso de sus elementos de cohesión e individualización (banderas, emblemas, heraldos, estandartes, gallardetes, gonfalones, santos, patronos, andas, tronos, cruces y reliquias).

Este cortejo ceremonial planteaba ante el público, ante toda la sociedad urbana reunida y ante la gran cantidad de visitantes atraídos por la espectacular manifestación espiritual, política y artística (músicas, danzas, personajes bíblicos, *atrezzo*, etc) una ordenada cosmovisión de la que no se privaban virreyes, monarcas, o príncipes de la Iglesia pese a que constituía una cita regular del calendario, en un acto de majestad y soberanía que al mismo tiempo que evocaba la Historia Sagrada mediante la combinación de teatro y liturgia, legitimaba los orígenes de la sociedad urbana, su cohe-

sión e integración, su estratificación diferencial en distintos cuerpos y su providencial perpetuación, utilizando elementos y significados que profundizaban en los sentimientos patrióticos y de identidad entre la comunidad. La metáfora religiosa refería la celebración del Corpus, la comunión de la sociedad urbana y cristiana, diez días después de Pentecostés, fecha clave en los municipios del Reino de Valencia en la que se promovía la elección de todos sus ediles. Precisamente en Pentecostés, en esa fecha del calendario religioso, se conmemoraba el descenso del Espíritu Santo sobre el colegio apóstolico —sobre los humanos— cincuenta días después de la resurrección de Cristo. La presentación pública de los nuevos Jurados en el cortejo del Corpus reafirmaba el carácter orgánico de la comunidad urbana y legitimaba pública y simbólicamente la elección y el principio de ejercicio de sus competencias de gobierno sobre la colectividad entonces procesionante.

No es extraño, por tanto, que todas las referencias escritas que nos hablan del Corpus entre los siglos XIV y XVI señalen las singularidades y grandezas de la ceremonia, así como la renovada inventiva que desplegaba a su alrededor. Para reflejar los fastos y efemérides de una fiesta que sobrepasaba con mucho sus iniciales motivos religiosos y devocionales, los documentos, crónicas y dietarios anotaban intencionadamente la formación de un referente político y social de la vida colectiva en las comunidades urbanas forales. Entre todas las celebraciones de los reinos ibéricos medievales destacó la singularidad del Corpus valenciano pese a que en todas las ciudades los motivos festivos, los agentes sociales y los recursos teatrales fueron *grosso modo* idénticos. En todas partes la inspiración procedía de una fuente eclesiástica y sólo variaba la capacidad de ingenio y adaptación de cada localidad a partir del tronco común que aportaba el credo católico, pero la coordinación entre municipio y obispo en Valencia dieron lugar a una temprana espectacularidad, de lo que se dedujo no sólo el éxito de algunas rocas, misterios, danzas o figuras sino el traslado y la copia de los mismos entre distintas ciudades ya en la Baja Edad Media.

En cualquier caso las noticias y referencias sobre el Corpus de los siglos XIV al XVI constituyen un conjunto de heterogéneas informaciones carentes de trascendencia literaria, sin demasiadas ansias de lectores. La mayoría son documentos contables o administrativos y en el mejor de los casos apuntes privados de la memoria, que se limitan a

señalar puntualmente las variaciones del recorrido procesional; a describir los principales ejes viarios y edificios que articulaban la ciudad; o a constatar la reproducción de la representación a modo de homenaje al margen de la estricta cronología marcada por el calendario, dada la perseverante impuntualidad de algunos grandes personajes. En ellas se anotan los pagos y las recompensas en regalos o festines para los participantes, incluso los excesos gastronómicos de la ocasión, recuerdan la concesión de subvenciones a comunidades laicas o religiosas, la financiación y construcción de las custodias, las conmociones y agitaciones populares coetáneas —como el asalto a morería 1455 o el sacrilegio de los moriscos de Chilches en 1525—, las discordias entre clero y municipio o las inusuales alteraciones del ceremonial establecido, las noticias del protocolo y la etiqueta, las incidencias meteorológicas, accidentes o reyertas, las decoraciones callejeras y los motivos empleados, el retraso o el adelanto del inicio y del fin de la función, etc, tal y como ha recopilado M.A. Catalá Gorgues en *La procesión del Corpus en antiguos dietaris y llibres de memories* (Valencia, 1993). Este noticiario memorial, documental o literario, con el que se perpetuó el recuerdo del Corpus tendrá continuidad hasta el siglo XIX pero conforme transcurran los siglos se irá enriqueciendo progresivamente a la hora de glosar la fiesta y los ritos que la rodearon con otros motivos y géneros.

Respecto a los aspectos formales de la materialización de la procesión durante esta primera época llama la atención una cuestión que considero trascendental y nunca indicada. Si como se pretende las representaciones del Corpus encuentran su antecedente en los entremeses escenificados por las corporaciones de oficios durante de las entradas reales del siglo XIV y no en las liturgias parateatrales de la Iglesia —como la *Palometa* de Pentecostés, la Asunción de la Virgen o el *Araceli* de la Navidad— protagonizadas por escolanías y capellanes ¿por qué no se detectan en ellas la introducción de la simbología, de las alegorías, de los pretextos clásicos, mitológicos y humanísticos, que sí se perciben en la evolución estética de las entradas reales entre los siglos XV y XVI?

En el siglo XVII el Barroco y la Contrarreforma introdujeron nuevas formas expresivas y pormenorizaron en la etiqueta y el protocolo. Félix Cebriá y Arazil recopilaba por escrito (1693) por vez primera las tradiciones y costumbres de todos los actos municipales codificando entre otros

los imprescindibles formalismos del Corpus en su *Ceremonial de la ciudad de Valencia* (edición de Salvador Carreres, Ayuntamiento, 1958). Mientras que en la procesión teofórica se recreaban los motivos anteriores, ya entonces característicamente tradicionales, bajo una evidente recatolización de los ritos auspiciada por la proximidad entre la Iglesia y el Estado en la época de los Austrias. Las prácticas religiosas del Barroco se limitaron a revitalizar las formas medievales de la piedad para formar un cristianismo confesional, diferenciado de las nuevas Iglesias reformadas, reforzando la participación de los elementos que éstas ponían en entredicho, por ejemplo el culto a los santos o a la devoción eucarística. Así las expresiones paralitúrgicas —rogativas, romerías y procesiones— pasaron a gozar de un protagonismo excepcional en la vida religiosa, al ser consideradas como medio para la manifestación masiva del genuino fervor popular. Los formulismos rituales, la religiosidad externa y aparatosa, y la combinación de una profunda sensibilidad emocional con la máxima pompa y esplendor de las ceremonias eclesiásticas multiplicaron las representaciones visibles y materiales, y entre todas destacó la del Corpus. La Contrarreforma reafirmaba el valor de los sentidos y de los sentimientos en las procesiones, exaltaba el culto a las imágenes y a las reliquias, que las formas artísticas de la época presentaban con un realismo espeluznante como reacción positiva a las acusaciones de idolatría proferidas por los protestantes. El Corpus adquiría su máxima magnificencia si cabe y se perpetuaría con las características del siglo XVII en los siglos posteriores. La codificación de la estructura procesional y el reparto de funciones y espacios estamentales, así como los motivos, misterios o personajes fue fundamental en esta época y sólo así puede entenderse su supervivencia tras los tres siglos de decadencia posterior. Resulta significativa de esta apoteosis que en 1656 la ciudad solicitara al rey la declaración de días feriados para los de la octava del Corpus con objeto de realzar aún más su esplendor y trascendencia festiva.

En el siglo XVIII, por el contrario, triunfaría el ilustrado racionalismo borbónico, lo que tuvo un fuerte impacto sobre las festividades populares y costumbristas. Bajo el signo de la modernidad se argumentaron los elevados costos que estas manifestaciones espectaculares supusieron para la hacienda pública, el derroche de medios y de esfuerzos, así como el considerable despilfarro de riqueza que suponía tan nutrida y habitual pérdida

de jornales, derivada del respeto al calendario religioso. Los criterios económicos de los fisiócratas del estado se unieron a los argumentos políticos de una dinastía entronizada por la fuerza de sus ejércitos. No sólo fueron abolidas fiestas tradicionales como San Jorge, o se transformaron otras de profundo significado sentido cívico y político, como el Nueve de Octubre, sino que el absolutismo vencedor de la foralidad liquidó los antiguos ritos ceremoniales —las entradas reales y el preceptivo juramento de los fueros— e impuso sus propias manifestaciones de poder, como las proclamaciones reales en las que encontró un espacio ceremonial el profundo sentido militar que caracterizó la época del despotismo ilustrado. Los primeros Borbones no sólo prohibieron las corridas de toros y el vuelo festivo de campanas, sino que en esta línea intervencionista redujeron sensiblemente las entonces tradicionales *festes de carrer*, entre ellas las representaciones populares de altares o *miracles de Sant Vicent*. Es en esta época cuando se deslindó la parte profana del cortejo (rocas, danzas, gigantes, enanos, misterios, etc) de la procesión religiosa dedicada a la exhibición de las virtudes salutíferas y benignas del Cuerpo de Cristo entre los devotos fieles, dedicándoseles respectivamente la víspera y el día de la fiesta. Los católicos ilustrados del XVIII, entre ellos los jansenistas, fueron minoritarios y la corriente teológica y humanista del pensamiento religioso acabaría fracasando, igual que fracasó dos siglos antes el erasmismo ante las sospechas de herejía y la inclinación de la Iglesia por la perseverancia de las manifestaciones exteriores de religiosidad. Pero la continuidad de las controversias científico-teológicas en el Siglo de las Luces supusieron un reto en la actualización del credo y de las devociones que sin duda tuvo consecuencias trascendentales. A la postre la idea de una religión natural y racional redujo el esplendor de las prácticas paralitúrgicas, así como la creencia en milagros, supersticiones populares o usos religiosos del barroco, eclipsando también la suntuosidad de las exhuberantes fiestas barrocas entre las que sobresalía la del Corpus.

Precisamente en ese marco restrictivo se produciría el descubrimiento de la cultura popular como concepto y como conjunto de manifestaciones, como ya lo señalaron para otros ámbitos Peter Burke en *La cultura popular en la Europa moderna* (Madrid, 1991), y E. P. Thompson en *Costumbres en común* (Barcelona, 1995). Para los ilustrados se hacía imprescindible la explicación de los símbolos y significados de los motivos representados, de las alegorías y de las escenas del Corpus, tanto a la aristocracia

como al pueblo. ¿Se había perdido en el Setecientos la capacidad de comprensión de las escenas y de la simbología? o ¿Acaso existía una doble lectura en la representación y entendimiento de los motivos, una a la vez eclesiástica y política y otra sumida en las profundidades y en el horizonte onírico de las mentalidades colectivas del pueblo?.

Joseph Mariano Ortiz en su *Plano histórico ó disertación sobre la procesión del Corpus que celebra cada año la M.I. y Leal ciudad de Valencia*, (Valencia, 1780) pretendía realizar una detallada aclaración de la “misteriosa procesión del Corpus... (y) explicar los símbolos, que inventó el ingenio, para su mayor lucimiento” y dedicó la obra a un significado aristócrata. Con ello ponía de manifiesto que junto a la todavía espectacular y escenificada procesión dieciochesca era necesario hacer comprender el papel de los personajes, de las danzas y de los autos, cuando hasta entonces no había sido previsto el concurso de la explicación de un simbolismo plenamente asumido. Paradójicamente el mismo afán por desentrañar al máximo los misterios de la representación prolifera aún más en la literatura popular coetánea, caracterizada por breves composiciones rimadas y dialogadas, no exentas de cierta sátira, en las que un clérigo, un abogado, un notario o un prohombre, siempre un hombre de letras local, es decir un reconocido urbanita, se mostraba condescendiente con campesinos y rústicos forasteros, aclarándoles el sentido de las funciones. Los *Coloquis y rahonaments, curiosos y entretenguts* impresos en forma de romance verificado o de libreto de comedia son abundantísimos y a modo de referencia puede comprobarse en el de Carlos Ros (1733).

En el siglo XIX la decadencia y la incompreensión del Corpus fue en aumento, sin que por supuesto la fiesta llegase a desaparecer, aunque sí notablemente erosionada en sus tradicionales actos teatrales. El afrancesamiento y la difusión de las ideas revolucionarias de la burguesía hizo que los liberales combatieran sobre todo las más esplendorosas manifestaciones de la reacción, promoviendo la separación entre Iglesia y Estado y la supresión de las órdenes religiosas. La desamortización de Mendizabal en 1836 desdotó de recursos económicos y financieros a las iglesias y consecuentemente disminuyó también la gloria y el fasto de estas expresiones religiosas. Además la política del liberalismo acabó con los monopolios del mercado de trabajo y los gremios fueron abolidos, con lo que los principales protagonistas de las representaciones se vieron privados de fondos

y de las tradicionales formas de organización y sociabilidad. Finalmente el desarrollo del movimiento obrero y de ideologías abiertamente anticlericales tuvieron una nefasta repercusión en estas celebraciones públicas. Pero una cosa era el impacto inicial que sobre la festividad impuso la radical transformación de la sociedad y otra el giro rotundo que experimentó ésta una vez consolidado el estado burgués. Las acuarelas de Bernat Tarin i Juaneda (1857-1925), realizadas en 1913, se inspiraban en la fiesta de principios del Ochocientos y atestiguan la importancia que mantuvo la parte civil en el cortejo con los gremios supervivientes junto a las tradicionales parroquias y conventos, pero sobre todo sobresale el papel estelar adquirido por las nuevas instituciones benéficas, las congregaciones católicas y las corporaciones públicas, que acompañadas de las pertinentes comisiones militares y de la banda municipal permitían seguir expresando la jerarquía social de los participantes, la manifestación de rangos y clases en una prelación de dignidades, entonces engalanadas con todas las distinciones o condecoraciones que otorgaban las instituciones de gobierno o de sociabilidad civil (cfr. *La processó valenciana del Corpus*, Vicent García Editores, 1978). Constatación de esta nueva apoteosis social de la fiesta fue la incorporación de dos nuevas rocas, la denominada *Valencia* con motivo del IV Centenario de la canonización de san Vicente Ferrer en 1855, y *La Fama*, construida en 1899 para la Feria de Julio con alusiones al Cid, a Jaime I y al Palleteer.

Con todos esos cambios la bibliografía sobre el Corpus evolucionó de la descripción y de la explicación hacia la Historia, hacia las descriptivas *Notícias*, *Disertaciones* y *Relaciones* (como las de 1805, 1812, 1815...), hacia la necesidad de probar documentalmente la antigüedad y la cronología de las tradiciones locales. Muy pronto a este interés se añadirá el de recuperar y cantar las glorias nacionales por una burguesía moderada y hacendada (cfr. Vicente Boix, *Descripción de la cabalgata y de la procesión del Corpus*, Valencia, 1858). El positivismo como herramienta heurística había permitido a la Historia convertirse en ciencia según los cánones del pensamiento decimonónico, y ésta fue empleada por los próceres locales para glosar las especificidades del propio pasado rebuscando en los archivos, tal como ejemplifica la obra de Manuel Carboneres, *Relación y explicación histórica de la solemne procesión del Corpus que anualmente celebra la ciudad de Valencia* (Valencia, 1873), todavía vigente en cuanto

a la proporción de datos y referencias documentales que suministra, algunas de ellas desaparecidas. Pero surgía también al mismo tiempo una innumerable colección de opúsculos y programas de mano, una literatura de bolsillo en cuarto para la clase culta y acomodada, un nuevo género basado en pequeñas publicaciones con inventarios, detalles y anécdotas; obritas distribuidas por la prensa o por asociaciones cívicas que alcanzaron extraordinario éxito en juegos florales y certámenes poéticos, literarios o históricos. No olvidemos que a esta época corresponde la máxima folclorización historicista de las fiestas valencianas, muy vinculada por ejemplo a las entradas de moros y cristianos —habituales también en la misma ciudad de Valencia en el siglo XIX— para rememorar hechos considerados trascendentales del pasado.

En conclusión, desmantelado el papel político de las municipalidades forales, reducida la importancia social y estatal de la Iglesia, y desarticulados los gremios supervivientes al quedar privados de sus antiguas competencias, el Corpus se vio condenado a la transformación, a una decadencia muy particular porque la fiesta continuó brillando institucionalmente y manteniendo su capacidad de convocatoria popular, en buena parte a base de reproducir, de recordar las glorias y los motivos de la época barroca, y del mismo modo esta situación se reprodujo en los textos que glosaron la fiesta. Las turbulencias políticas y sociales del primer tercio del siglo XX y su impacto negativo sobre la fiesta dieron paso a un nuevo período de esplendor en la procesión del Corpus, derivado de los fuertes vínculos entre el Régimen dictatorial del franquismo y la Iglesia, conexión que garantizó su quiebra durante el primer período de recuperación de las libertades democráticas. En 1978 Manuel Sanchis Guarner escribía en *La processó valenciana del Corpus* sobre el esplendor pretérito, el presente problemático y el futuro incierto del Corpus, porque todas las contingencias referidas habían provocado la fosilización, la cosificación de la fiesta y de sus aderezos festivo-teatrales. Ciertamente que en 1942 el arzobispo prohibía la participación de motivos escultóricos, pero desde el siglo XVIII apenas si se renovaron las formas y los motivos de las expresiones religiosas y profanas de la devoción. Tan sólo cabría citar como novedad desde entonces el creciente militarismo con que quedó recubierta la celebración. Las tropas borbónicas, el brazo armado de la revolución burguesa o de la reacción absolutista, también la Restauración o las Dictaduras, propiciaron que el prota-

gonismo de la sociedad civil fuera desplazado por la creciente importancia de la marcialidad militar. La rendición de honores, la guardia, el acompañamiento, las salvas de artillería, el desfile armado, la custodia del recorrido, etc, constituyen la única novedad del período, que puede comprobarse incluso en el reportaje fotográfico de Francesc Jarque sobre el Corpus de 1978.

En la segunda mitad de la centuria el Corpus siguió siendo objeto de estudio para la investigación histórica local y a finales de los años setenta comenzó a interesar a la investigación universitaria, pero prácticamente todo el siglo ha estado dedicado a rememorar literariamente su pasado desde las instancias culturales del Ayuntamiento con objeto de evitar el olvido de su antigüedad. En los últimos decenios hemos asistimos a la constante reedición de antiguallas que pretextan la recuperación y la dignificación la fiesta en clara sintonía con un movimiento cívico que pretende la repristación de la misma, pero que a mi modo de ver incurre en una simple antologización de su pasado sin dotarla de verdadera especificidad. La cabalgata aparece esclerotizada en su esencia y a lo sumo se rescatan y reproducen formas estéticas antiguas, ya ensayadas, muchas veces sin el necesario rigor, transplantándolas a nuestra época y mezclando sin consideración los recursos históricos de los distintos momentos. Toda la simbología empleada antaño para expresar la conexión entre ideología y representación cívica en el Antiguo Régimen inevitablemente ha desaparecido con la evolución histórica, pero la más espléndida de aquellas manifestaciones culturales ha sobrevivido, amoldándose a la sucesión de los tiempos. El reciente reverdecer de su aspecto externo no impide constatar que la fiesta del Corpus ha encontrado en nuestra época una nueva significación espectacular y un nuevo destino laico en esa voluntad social de reencuentro identitario, pero en cualquier caso debería servirse de la reflexión histórica e historiográfica.